

Ciudadanía activa: respuesta al edadismo desde el papel social de las personas mayores

Elena del Barrio y Mayte Sancho

Matia Instituto

1. Hacia una nueva conceptualización de las personas mayores

La discriminación por razón de edad se considera hoy uno de los grandes retos del siglo XXI, aún más relevante después de lo sucedido tras la crisis de la covid-19. Esta pandemia (o sindemia) han acentuado la exclusión y los prejuicios contra las personas mayores y ha aumentado la brecha entre generaciones. Según la Organización Mundial de la Salud, abordar la discriminación por motivos de edad es fundamental para crear un mundo más igualitario en el que se respete y proteja la dignidad y los derechos de todos los seres humanos (OMS, 2021). El presente capítulo examina este reto, que supone un importante cambio de las políticas públicas en torno al envejecimiento, que han de pasar de un planteamiento basado en el bienestar y la protección como ejes estáticos a replantear una política basada en las nociones de autonomía, pertenencia, inclusión y ciudadanía activa (Quinn y Doron, 2021). Este último concepto emerge de las políticas de envejecimiento activo, que ponen el foco en los derechos de las personas mayores como sujetos activos de la sociedad, y del contexto social, donde las nuevas generaciones de mayores desempeñan nuevos papeles y ocupan nuevos espacios, reclamando el mantenimiento de la identidad individual y el trato igualitario. La noción de ciudadanía activa en la vejez supone un paso adelante que parte del envejecimiento activo a un concepto más amplio que integra el principio de igualdad entre las personas con independencia del género, la edad y la necesidad de apoyos.



2. Edadismo: uno de los retos del siglo XXI

El edadismo es una de las formas más comunes y socialmente aprobadas de prejuicio y discriminación. Aunque no existe una definición única, suele entenderse como el conjunto de estereotipos —aquellas percepciones exageradas y simplistas que se reflejan en nuestra forma de pensar—, de prejuicios —lo que nos hace sentir— y de actitudes discriminatorias —nuestra forma de actuar hacia las personas en función de su edad— (OMS, 2021). Quien acuñó este concepto fue el gerontólogo Robert Butler en 1969, haciendo alusión al edadismo hacia las personas mayores. Este autor hacía referencia a que “el edadismo puede verse como un proceso de estereotipación y discriminación sistemática de las personas por el hecho de ser mayores, al igual que el racismo y el sexismo lo consiguen con el color de la piel y el género” (1975). De esta forma, la representación social de la vejez se constituye según unos estereotipos marcados, normalmente negativos, que posicionan al resto de generaciones desde una visión opuesta del otro como diferente (Butler, 1975), lo que repercute en la distancia entre generaciones.

La definición de edadismo ha ido evolucionando desde su origen, incorporando a otros grupos de edad más allá de las personas mayores —quizás en este momento la juventud ocupe uno de los lugares más destacados entre las víctimas del edadismo—, y puede ser no solo negativo, sino también positivo (Palmore, 1990: 4). Uno de los intentos más exhaustivos de definir el término fue el de Iversen, Larsen y Solem (2009), que lo conceptualizaron como los estereotipos, los prejuicios y la discriminación que operan de forma consciente e inconsciente en todos los niveles sociales, tanto micro, como meso y macro. El edadismo es una alteración de los sentimientos, las creencias o el comportamiento en respuesta a la edad cronológica percibida de un individuo o grupo (Levy y Banaji, 2002) y tiene efectos a lo largo de todo el ciclo vital (Bugental y Hehman, 2007). El reciente informe sobre el edadismo publicado por la OMS (2021) contempla esta definición más global del término y propone un abordaje mediante una sociedad para todas las edades.

Algunos datos sobre esta cuestión muestran, a modo de ejemplo, que en los Estados Unidos el 80% de las personas de 50 y más años perciben sufrir edadismo en su vida diaria (Malani *et al.*, 2020), que a nivel mundial una de cada dos personas son edadistas contra las personas mayores, y que en Europa una persona de cada tres afirma haber sido objeto de edadismo (OMS, 2021). En el contexto de Euskadi, los datos revelan cómo un 30,8% de las personas de 55 y más años consideran que la sociedad trata mal a las personas mayores (Molina, Marsillas y Del Barrio, 2021).

Respecto a las personas mayores, los estereotipos más comunes hacen referencia al aislamiento social, el deterioro físico y cognitivo, la falta de actividad o la idea de carga. Este imaginario social afecta a la forma de actuar, al comportamiento, y es lo que acaba repercutiendo en forma de discriminación, incluso de maltrato. Desde hace tiempo, diversas investigaciones vienen demostrando que interiorizar los estereotipos negativos sobre la edad puede afectar negativamente a la salud de las personas, pero también tiene efectos perjudiciales en los planos social y económico (OMS, 2021). El edadismo perjudica la salud y bienestar, y constituye un obstáculo importante para la formulación de políticas eficaces y la adopción de medidas relativas al envejecimiento saludable, tal como reconocieron los Estados miembros de la Organización Mundial de la Salud en la *Estrategia y plan de Acción Mundiales sobre el Envejecimiento y la Salud*, y mediante el Decenio del Envejecimiento Saludable 2021-2030 (OMS, 2021). En este momento se ha abierto un controvertido debate suscitado en el seno de la Asamblea de las Naciones Unidas sobre si la vejez es considerada una enfermedad en la nueva Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas de Salud Relacionados (CIE-11), algo que se contrapondría con el posicionamiento anterior y que ha levantado muchas críticas en el ámbito de la gerontología y la geriatría (Banerjee *et al.*, 2021; Ribera-Casado y García Navarro, 2021).

Algunas teorías explican el edadismo hacia las personas mayores desde el miedo a la muerte que se asocia a la vejez. Otras, desde una visión más macro, lo enmarcan como resultado de la división de edades en la etapa industrial. Según uno de estos enfoques, se argumenta que, en el marco de la economía industrial y capitalista, se instauró la división funcional entre las tres etapas de la vida, lo que supuso dividir la sociedad en tres grupos distintos y separados: la juventud, cuyo objetivo era crecer y adquirir las habilidades necesarias para convertirse en futuros trabajadores/as; las personas adultas, las que estaban en el mercado laboral, cuya finalidad era ser el motor de la economía; y, por último, las personas mayores jubiladas o pensionistas, que no tenían ningún papel significativo, aparte de disfrutar de un breve período de relativa libertad antes de fallecer. Uno de los resultados de esta nueva división fue no solo la irrelevancia e insignificancia de la población mayor, sino también su exclusión, pérdida de identidad y desconexión social del resto de la sociedad (Quinn y Doron, 2021), lo que supuso la base del edadismo.

En la actualidad, el impacto social, económico y de salud de la crisis de la covid-19 ha puesto en relieve algunas de las deficiencias del sistema y ha mostrado con mayor virulencia las desigualdades. Las personas mayores han sido uno de los grupos que más ha padecido este impacto en diferentes sentidos; principalmente,



en el ámbito de su salud, con un alarmante exceso de fallecimientos, pero también en su papel social, como grupo discriminado. Esta crisis ha puesto a la vejez en el debate social, político e incluso ético, y ha dado lugar a discursos edadistas en todos ellos. Varias investigaciones han evidenciado cómo la pandemia de la covid-19 ha acentuado la exclusión y el prejuicio contra las personas mayores (Fraser *et al.*, 2020) y cómo, desde el principio, se ha presentado como “el problema de las personas mayores” y se ha promovido una clara división por edades, separando a las personas jóvenes de las personas de más edad (Zhou *et al.*, 2020). Algunos autores hablan de cómo ha surgido una explosión de “lenguaje gerontocida” (Hyde, 2020) y cómo ha empeorado la narrativa del envejecimiento (Einsenberg, 2020). La crisis ha puesto de manifiesto un inquietante discurso público sobre el envejecimiento que cuestiona el valor de la vida de las personas mayores y desprecia sus valiosas contribuciones a la sociedad (Fraser *et al.*, 2020). Además, se ha informado de prácticas discriminatorias en el acceso a los servicios de salud y otros recursos críticos en varios países, especialmente entre las personas mayores que viven en centros de cuidados de larga duración o residencias. La edad cronológica también se ha utilizado para determinar las medidas de aislamiento físico en diferentes lugares, sin tener en cuenta que esto podría aumentar el riesgo de aislamiento social y soledad, limitar la capacidad de las personas mayores para adoptar conductas de autocuidado y poner en tela de juicio la capacidad de los sistemas de atención sanitaria y social para responder a las necesidades médicas y sociales preexistentes, lo que, en última instancia, podría repercutir negativamente en su salud y bienestar (OMS, 2021).

Pero este edadismo no solo ha afectado a la percepción sobre las personas mayores, sino que también ha impactado en los estereotipos sobre la población joven. Mientras que las personas mayores se presentan como susceptibles a los efectos negativos de la covid-19 como población frágil y de riesgo, las generaciones más jóvenes tienden a considerarse inmunes al virus (Ayalon *et al.*, 2021) y como imprudentes e irresponsables (Gharzai, Beeler y Jagsi, 2020; OMS, 2021). Ambas generaciones se han puesto en el debate social desde una mirada estereotipada y homogeneizadora. Ello ha supuesto un ensanchamiento de la brecha entre generaciones ya existente, con un aumento de la distancia psicológica entre personas jóvenes y mayores, grupos ambos estigmatizados por la pandemia (Terracciano *et al.*, 2020). En este sentido, los resultados de un estudio realizado en España durante el confinamiento mostraron un patrón predominante de estereotipos negativos y actitudes discriminatorias hacia las personas mayores en el contexto de la crisis de la covid-19, y que, además, ese sesgo era más pronunciado entre el grupo de menores de 35 años (García-Soler *et al.*, 2020).



Diversos autores apuntan sobre la necesidad de una perspectiva integrada que incluya tanto a las personas mayores como a las más jóvenes cuando se estudia el edadismo (Hagestad y Uhlenberg, 2005; Roberts, 2006; Bratt, Abrams y Swift, 2020). Un estudio reciente sobre este asunto concluyó que las normas contra la discriminación por edad explican los niveles de edadismo experimentados entre las personas mayores, pero no entre las más jóvenes, lo que amplía la evidencia más general de que las personas no aplican los valores de igualdad de forma homogénea a todos los grupos (Bratt, Abrams y Swift, 2020). Estos resultados ponen de relieve que las estrategias para reducir los prejuicios por razón de edad deben abordar el edadismo como un reto multigeneracional. Encontrar formas de mejorar la cohesión y el apoyo intergeneracional se convertirá en una tarea cada vez más urgente a medida que aumente la esperanza de vida y las sociedades sean cada vez más diversas en cuanto a la edad (Bratt, Abrams y Swift, 2020).

La detección del impacto social negativo del edadismo ha promovido la puesta en marcha de un movimiento para cambiar la narrativa en torno a la edad. Este movimiento tiene como punto de partida mundial el lanzamiento de la campaña de la OMS contra el edadismo y declara que abordar la discriminación por motivos de edad es fundamental para crear un mundo más igualitario, en el que se respeten y protejan la dignidad y los derechos de todos los seres humanos (OMS, 2021).

La discriminación por razón de edad se considera, en este momento, un gran reto en el siglo XXI (Quinn y Doron, 2021). Este reto implica un importante replanteamiento de la política en torno al envejecimiento: en lugar de una política basada en el bienestar y la protección como ejes estáticos, es necesaria una política basada en las nociones de autonomía, pertenencia, inclusión y ciudadanía activa (Quinn y Doron, 2021), elaborada mediante la superación de las barreras de la edad. Repensar la realidad precisa partir de una concepción plena de ciudadanía, en la que estén reconocidas todas las personas, sea cual sea su edad, género u origen (Subirats, 2011: 89).

3. Ciudadanía activa y envejecimiento

El debate de la ciudadanía activa en el ámbito de las personas mayores surge en un contexto de envejecimiento demográfico y de la emergencia de políticas de envejecimiento activo (OMS, 2002); tendencias que rebaten el paradigma de la pasividad y la dependencia asociado tradicionalmente a la edad (Del Barrio *et al.*, 2018 y 2020; Petretto *et al.*, 2016; Subirats, 2018). En concreto, el contexto político de



partida se remonta a la publicación del informe *Active Ageing: A Policy Framework* (OMS, 2002), que propuso un enfoque basado en los derechos de las personas mayores, más que en sus necesidades (OMS, 2002; Kalache, 2015). Este enfoque avanzó desde un posicionamiento donde las personas mayores son tratadas como objetos pasivos, a otro donde se les reconoce la igualdad de oportunidades y de trato, y se respalda su responsabilidad para ejercer su participación en el proceso político —poder gris— (Cambero y Baigorri, 2019) y en otros aspectos de la vida comunitaria (Del Barrio *et al.*, 2018 y 2020). En este sentido, el Año Europeo de Envejecimiento Activo y Solidaridad Intergeneracional (2012) pretendía resaltar la necesidad de favorecer el envejecimiento activo para ayudar a las personas a desempeñar un papel en la sociedad como ciudadanía activa, así como de promover la salud en el envejecimiento (Del Barrio, Marsillas y Sancho, 2018).

El fomento de la ciudadanía activa es uno de los principios que se establecieron como facilitadores en la consecución de los objetivos del envejecimiento activo, siendo uno de estos la característica participativa y empoderante del envejecimiento (Walker, 2010). Se pretendía, por tanto, promover una ciudadanía activa que, mediante la participación, defendiera sus opciones y preferencias y promoviera una comunicación más fluida y horizontal entre la sociedad y los ámbitos políticos (Walker, 2010; Del Barrio, Marsillas y Sancho, 2018). En la actualidad, el envejecimiento activo ocupa un lugar destacado en la agenda política de la mayoría de los organismos internacionales y se podría considerar como la respuesta política más importante al envejecimiento demográfico (Walker y Maltby, 2012). No obstante, ha recibido algunas críticas que señalan que, en la práctica, se está haciendo cada vez más estrecho y opresivo (Boudiny, 2013; Foster y Walker, 2015), lo que supone la superación del concepto mediante otros abordajes.

En el contexto económico desde el que emerge el concepto de ciudadanía, destaca la visión más productivista por la que se promueve que las personas mayores participen en el mercado laboral, en coherencia con el impacto de la longevidad en las sociedades modernas y la necesaria sostenibilidad del sistema de pensiones (Del Barrio *et al.*, 2020). En este sentido, la Comisión Europea en 2001 sugirió que los Estados miembros debían desarrollar políticas de envejecimiento activo mediante la adopción de medidas para mantener la capacidad de trabajo y las cualificaciones de los trabajadores de más edad, además de introducir disposiciones de trabajo flexibles y aumentar la capacidad de los empleadores de hacer frente al envejecimiento de la población (Walker y Maltby, 2012). En ese momento, surge el concepto de *silver economy* (economía plateada), que analiza la emergente economía de mercado en el ámbito del envejecimiento y sitúa a las personas



mayores como grandes consumidoras de recursos y servicios, y, en consecuencia, generadoras de riqueza (Hall, 2011; Del Barrio *et al.*, 2020). El concepto se asocia principalmente con el ámbito de la económica de los cuidados, pero también con otros sectores relacionados con el uso del tiempo libre o la tecnología, por ejemplo.

Este contexto viene generado, además, por un marco social en el que aflora un nuevo modelo de vejez donde las personas mayores detentan y reclaman nuevos papeles (Lassen y Moreira, 2014; Foster y Walker, 2015; Del Barrio *et al.*, 2020). Estas nuevas generaciones de mayores presentan características que las diferencian de sus antecesoras:

Están mejor formadas y hay un espíritu de activismo y rebelión en su núcleo. Es una generación que ha combatido contra el racismo, la homofobia y el autoritarismo político, y que luchó por los derechos de las mujeres, el empoderamiento de la ciudadanía y la libertad sexual. Se trata de una generación que está cómoda demandando ser escuchada, y que está reinventando la manera en que se vive y se considera la vejez (Kalache, 2015: 37).

En la actualidad, estamos en una fase de transición en la que los hitos vitales marcados por edades no se adaptan a las nuevas circunstancias. Las tres fases que componen el ciclo vital de una persona (aprendizaje-juventud, trabajo-adulterez y retiro-envejecimiento), conceptualizadas desde los inicios del siglo pasado y que han resultado funcionales para la regulación socioeconómica, han suscitado críticas relacionadas con la inserción social de las personas mayores y han resultado siempre problemáticas desde el punto de vista de la libertad de los individuos, entendida como autonomía para establecer y perseguir sus propios proyectos vitales (Seguí-Cosme y Alfageme, 2008: 391). Los hitos vitales con los que se dividían las distintas etapas ya no nos sirven para seguir distinguiendo la infancia de la juventud, la juventud de la adulterez o la adulterez de la vejez (Subirats, 2016; Prieto, Herranz y Rodríguez, 2015). Sin embargo, de manera más o menos automática, se siguen manejando criterios de diferenciación de edades, mientras que entre las nuevas generaciones de personas mayores parece empezar a calar la idea de flexibilidad de las etapas vitales y los papeles asociados a ellas. Según Prieto, Herranz y Rodríguez (2015), la actualidad se define como una época de "crisis de las instituciones", donde las etapas o edades antes construidas con relación a unos ámbitos de desempeño ya no ejercen como tales, o al menos no del mismo modo, diluyéndose sus formas anteriores y marcando caminos menos predecibles, más sinuosos. Las nuevas generaciones de personas mayores reclaman un espacio donde poder desarrollarse y posicionarse con relación a la posibilidad de aportación a la sociedad. Desempeñar



un papel en el que se reconozcan, no donde les digan quiénes son, sino un lugar donde seguir siendo (Prieto *et al.*, 2015). Se busca el mantenimiento de la identidad más allá de la que marca la edad, rompiendo así los estereotipos establecidos. De esta manera, estas generaciones quieren seguir contribuyendo y están dispuestas a integrarse en procesos con grupos y comunidades con los que se identifican de forma independiente a su edad. Por tanto, el reto de la sociedad está en la capacidad de generar espacios que den respuesta a esta búsqueda de reconocimiento a través de un desarrollo personal compartido, teniendo en cuenta la experiencia particular de cada persona, permitiéndola encontrar una plataforma de vinculación al mundo desde la que pueda desempeñar un papel en el que se reconoce, en continuidad con lo que ha sido a lo largo de su vida (Prieto *et al.*, 2015).

En este marco, el debate sobre envejecimiento activo toma otra dimensión (Subirats, 2016). Ya no se trata solo de adaptar o acomodar lo que se hacía a un nuevo paradigma más complejo e integral. Ahora, de lo que se trata es de ver cuál es el papel de los poderes públicos en el nuevo escenario (Subirats, 2016). Cada vez será más difícil hablar del "colectivo" de personas mayores como algo susceptible de ser caracterizado de manera más o menos homogénea. La situación sumamente "líquida" (Bauman, 2015) de las trayectorias personales no permite seguir con esos paradigmas. Es necesario hablar de dinámicas generacionales diversificadas y heterogéneas (Subirats, 2011). En definitiva:

El aumento de la esperanza de vida, la nueva realidad tecnológica, el cambio en las trayectorias vitales y laborales, las diferencias de identidad cultural y de base formativa, exigirán perspectivas que partan del reconocimiento de la diversidad, que asuman el protagonismo de las personas mayores en la co-producción de políticas que les afecten, que asuman como necesario el empoderamiento de esas personas para poner en cuestión y participar en todo lo que les concierne (Subirats, 2016: 37).

Por lo tanto, el gran reto social y político en torno al envejecimiento reside en avanzar en la aportación que hacen estas personas a la sociedad, en revertir todo su conocimiento y experiencia y en traspasar las barreras de la edad (Del Barrio, Marsillas y Sancho, 2018). De esta manera, es necesario generar proyectos a favor de la comunidad que sean atractivos para todas las generaciones, donde la edad no sea un hecho diferenciador o excluyente, donde simplemente se compartan intereses, inquietudes y objetivos comunes. Uno de estos proyectos viene de la mano del concepto de amigabilidad, acuñado también por la OMS (2007), que se caracteriza por la adaptación de entornos sociales y físicos mediante un modelo participativo de gobernanza colaborativa y, sobre todo, de inclusión (Lui *et al.*, 2009).



La OMS lanzó el proyecto Age-Friendly Cities and Communities (AFCC) con el objetivo de poner en la práctica en lo local la estrategia de envejecimiento activo. El movimiento AFCC es probablemente, en este momento, el punto de encuentro internacional para la discusión sobre políticas públicas innovadoras de envejecimiento, que intenta adaptarse a los cambios demográficos globales y a la urbanización mundial (Moulaert y Garon, 2016). Pero una ciudad verdaderamente amigable no se centra en una sola generación, sino que incluye y abarca todas las generaciones (OMS, 2007), lo que también se refleja en los principios de diseño, incluido el concepto de diseño universal (Van Hoof *et al.*, 2018).

En las políticas sociales de Euskadi, se ha apostado por este tipo de iniciativas desde el lanzamiento, en 2012, del proyecto Euskadi Lagunkoia por parte del Gobierno Vasco (Del Barrio *et al.*, 2017). Este programa impulsa una red de municipios adheridos que avanzan en la mejora del entorno físico y social de sus barrios mediante el trabajo comunitario, la ciudadanía activa y la gobernanza colaborativa. En la actualidad, la red se compone de 67 municipios del todo el territorio y colabora con ayuntamientos y asociaciones, dotando de protagonismo y liderazgo a la ciudadanía en general y a las personas mayores en particular. En suma, el programa promueve el papel activo de las personas mayores en las decisiones sociales y políticas (Del Barrio, Marsillas y Sancho, 2018).

Este proyecto se desarrolla mediante el fomento de la ciudadanía activa, en la que conceptos como la reciprocidad y la generación de bienestar por parte de todas las generaciones recuperan su sentido. Aunque en la práctica, uno de los retos de este tipo de iniciativas es ampliar su mirada para la implicación efectiva de las diferentes generaciones, emerge de un abordaje mediante la ciudadanía que supone avanzar hacia una sociedad para todas las edades a partir de un propósito común.

Es necesario, por tanto, repensar estas políticas a partir de una concepción de plena ciudadanía, una ciudadanía de la que todas las personas puedan formar parte, con independencia de su edad. Desde este marco, se plantea la ciudadanía activa como elemento clave para la formulación de las políticas públicas en el ámbito del envejecimiento, para avanzar de esta forma en el concepto de envejecimiento activo. La conocida ya como revolución de la longevidad plantea importantes retos sociales y personales para construir una sociedad mejor, más igualitaria y capaz de reconocer el valor de cada persona con independencia de su edad y condición social, cultural o racial. Parece que es este el itinerario que camina hacia las relaciones de igualdad, la garantía de la conservación de la identidad con independencia de estratificaciones generacionales que cada vez serán más difusas.



4. Recomendaciones

La literatura científica ha evidenciado algunas estrategias eficientes para la promoción de la ciudadanía activa que tienen en cuenta su visión más solidaria y social (Del Barrio *et al.*, 2020), como son las intervenciones relacionadas con la educación y el aprendizaje a lo largo de la vida (Walker y Maltby, 2012; Pound, 2011; Jackson, 2006; García, Mínguez y Moreno, 2009) o la promoción del capital social (Lie, Baines y Wheelock, 2009; Hardill y Baines, 2009; Craig, 2004; Jackson, 2006) mediante la solidaridad entre generaciones, el trabajo conjunto mediante la reciprocidad, la generación de confianza en el grupo, la promoción del sentimiento de pertenencia o identidad, o mediante el trabajo de los grupos de iguales o de apoyo (Del Barrio *et al.*, 2020).

El apoyo al liderazgo y el empoderamiento ciudadano también es un aspecto fundamental para la promoción de la ciudadanía activa (Pound, 2011; Lie, Baines y Wheelock, 2009; Scourfield, 2007; García, Mínguez y Moreno, 2009; del Barrio *et al.*, 2020), en este caso, a través del apoyo a la autonomía, la independencia y la toma de decisiones, que puede ser facilitada a través del uso de las tecnologías o el asesoramiento profesional, en el caso de personas con limitaciones, principalmente a través de la metodología de la gestión de casos. Todos estos aspectos se relacionan con el impulso de actividades de participación tales como: el voluntariado o el asociacionismo, además del apoyo a las familias, a través de la corresponsabilidad en el cuidado (Del Barrio *et al.*, 2020), y se fundamentan en el interés colectivo o el bien común, que tienen como clave el compromiso.

La inclusión social también es un asunto importante para el ejercicio de la ciudadanía (Leonard y Johansson, 2008; Lie, Baines y Wheelock, 2009; Cambero y Baigorri, 2019; Jackson, 2006; Del Barrio *et al.*, 2020), en concreto mediante el acceso a los recursos, el acceso a la información, la intervención en los entornos inclusivos y normalizadores, y, por supuesto, mediante el trabajo en programas contra los estereotipos y la discriminación.

Aunque combatir el edadismo es, en sí mismo, una acción para la promoción de la ciudadanía activa, algunas estrategias concretas para avanzar en este sentido se recogen en el *Informe mundial contra el edadismo* (OMS, 2021) y se clasifican torno a tres ejes: la política y legislación, las intervenciones educativas y las intervenciones de contacto entre generaciones. Respecto a las estrategias políticas y legislativas, resultan clave los crecientes llamamientos a la redacción de una convención internacional sobre los derechos de las personas mayores, similar a que existe



en el ámbito de la discapacidad, pero también evitar utilizar la edad cronológica como instrumento de generación de normas. En el ámbito de la educación, se reclama que se incluyan intervenciones en todos los niveles e itinerarios educativos para mejorar la empatía y reducir los prejuicios y los estereotipos. Y respecto al contacto entre generaciones, se destaca la necesidad de avanzar en relaciones naturalizadas y basadas en el trato igualitario y la reciprocidad. Se trataría de promover la empatía, ponerse en lugar del otro/a y la escucha, siempre mediante un trato entre iguales alejado de la minusvaloración, pero también de la veneración, traducida en un supuesto “respeto” al que todo ciudadano tiene derecho con independencia de su edad. Este contacto entre generaciones debe darse partiendo de la reciprocidad, de la concepción de interdependencia. Estas relaciones deben basarse, además, en la naturalización, alejadas de la imposición, y promovidas desde mediante un propósito común.

A estas estrategias, también hay que sumar el trabajo que deben hacer los medios de comunicación para cambiar la narrativa de la edad, evitando el discurso homogeneizador y estereotipado y haciendo un uso del lenguaje y de la imagen ajustado a la realidad. Los medios de comunicación son una herramienta fundamental en el ámbito de la difusión de la imagen en cualquiera de sus formatos. A través de ellos, se transmite, se enseña, se informa, se construyen opiniones. La televisión, la prensa e internet son medios masivos que repercuten en la totalidad de la población y deben ser tenidos en cuenta también para el abordaje del edadismo.

Pero lo que, sin duda, está rompiendo y romperá con los discursos edadistas y los estereotipos son las propias personas mayores. Son ellas las que rompen etiquetas y moldes, reclamando una identidad propia alejada de una edad cronológica. Utilizando las metáforas del sociólogo Zygmunt Bauman, vivimos en una sociedad líquida (2015), de relaciones líquidas (2005) y donde también se diluyen las edades. La identidad de la persona se configura por variables que cada vez tienen más relación con el estilo de vida o el consumo y menos con la edad o el sexo. En este sentido, algunos autores declaran el surgimiento de un nuevo movimiento, el “ageivismo”, que conjuga la edad y el activismo haciéndose eco de otros “-ismos” similares (Doron, 2020). Esta forma de activismo proporciona la base ideológica para abogar, mediante la acción social, a favor de los derechos, las competencias y las oportunidades de las personas mayores, basándose en los principios políticos, sociales y económicos de la identidad, la dignidad y la justicia social (Quinn y Doron, 2021). Ya hay quienes afirman que la próxima generación del movimiento social será, efectivamente, la de las personas mayores (Kohn, 2010, 2011). Necesi-



taremos un movimiento similar al *Me Too* para promover un trato adecuado hacia las personas con independencia de la edad, basado en el principio de igualdad y no tanto en el de no discriminación.



Bibliografía referenciada

- Ayalon, L. *et al.* (2021): "Aging in times of the COVID-19 pandemic: Avoiding ageism and fostering intergenerational solidarity", *The Journals of Gerontology. Series B*, vol. 76, nº 2, págs. e49-e52.
- Banerjee, D. *et al.* (2021): "Not a disease: A global call for action urging revision of the ICD-11 classification of old age", *The Lancet Healthy Longevity*, vol. 2, nº 10, págs. e610-e612.
- Bauman, Z. (2005): *Amor líquido*, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2015): *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica.
- Boudiny, K. (2013): "'Active ageing': From empty rhetoric to effective policy tool", *Ageing y Society*, vol. 33, nº 6, págs. 1.077-1.098.
- Bratt, C.; Abrams, D. y Swift, H.J. (2020): "Supporting the old but neglecting the young? The two faces of ageism", *Developmental Psychology*, vol. 56, nº 5, págs. 1.029-1.039.
- Bugental, D.B. y Hehman, J.A. (2007): "Ageism: A review of research and policy implications", *Social Issues and Policy Review*, vol. 1, nº 1, págs. 173-216.
- Butler, R.N. (1969): "Age-ism: Another form of bigotry", *The Gerontologist*, vol. 9, nº 4, 1ª parte, págs. 243-246.
- Butler, R.N. (1975): *Why Survive? Being Old in America*, Nueva York, Harper & Rowe.
- Camero, S. y Baigorri, A.J. (2019): "Envejecimiento activo y ciudadanía senior", *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, nº 43, págs. 59-87.
- Craig, G. (2004): "Citizenship, exclusion and older people", *Journal of Social Policy*, vol. 33, nº 1, págs. 95-114.
- Del Barrio, E.; Marsillas, S. y Sancho, M. (2018): "Del envejecimiento activo a la ciudadanía activa: el papel de la amigabilidad", *Aula Abierta*, vol. 47, nº 1, págs. 37-44.
- Del Barrio, E. *et al.* (2017): "Euskadi Lagunkoia–Age-Friendly Basque Country", *Innovation in Aging*, vol. 1, supl. 1, págs. 1.092.
- Del Barrio, E. *et al.* (2018): "From active aging to active citizenship: The role of (age) friendliness", *Social Sciences*, vol. 7, nº 8.
- Del Barrio, E. *et al.* (2020): "Ciudadanía activa y personas mayores: viejos conceptos, nuevos abordajes. Una revisión sistemática y metasíntesis cualitativa", *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, vol. 55, nº 5, págs. 289-299.
- Doron, I. (2020): "Ageivism", en Phelan, A. y O'Shea, D. (eds.): *Changing Horizons in the 21st Century: Perspectives on Ageing*, Cambridge, Cambridge Scholars Publishing, págs. 256-267.
- Eisenberg, R. (2020): "Will COVID-19 make the decline narrative of aging worse? *Forbes.com*, 8-5-2020.



- Foster L. y Walker A. (2015): "Active and successful aging: A European policy perspective", *The Gerontologist*, vol. 55, nº 1, págs. 83-90.
- Fraser, S. et al. (2020): "Ageism and COVID-19: What does our society's response say about us?", *Age and Ageing*, vol. 49, nº 5, págs. 692-695.
- García-Soler, A. et al. (2020): "Ageism and COVID-19: Study on social inequality through opinions and attitudes about older people in the coronavirus crisis in Spain", *LTC-covid.org*, 12-6-2020.
- Gharzai, L.A.; Beeler, W.H. y Jagsi, R. (2020): "Playing into stereotypes: Engaging millennials and Generation Z in the COVID-19 pandemic response", *Advances in Radiation Oncology*, vol. 5, nº 4, págs. 679-681.
- Gobierno Vasco (en prensa): *Encuesta condiciones de Vida de las Personas de 55 y Más Años en Euskadi*.
- Hagestad, G.O. y Uhlenberg, P. (2005): "The social separation of old and young: A root of ageism", *Journal of Social Issues*, vol. 61, nº 2, págs. 343-360.
- Hall, E. (2011): "Shopping for support: Personalisation and the new spaces and relations of commodified care for people with learning disabilities", *Social & Cultural Geography*, vol. 12, nº 6, págs. 589-603.
- Hardill, I. y Baines, S. (2009): "Active citizenship in later life: Older volunteers in a deprived community in England", *The Professional Geographer*, vol. 61, nº 1, págs. 36-45.
- Hyde, M. (2020): "Ageism and the coronavirus crisis. Why an age-based selective lockdown policy is wrong", *Agescapes.blog*, 1-5-2020.
- Iversen, T.N.; Larsen, L. y Solem, P.E. (2009): "A conceptual analysis of ageism", *Nordic Psychology*, vol. 61, nº 3, págs. 4-22.
- Jackson, S. (2006): "Jam, Jerusalem and calendar girls: Lifelong learning and the Women's Institutes (WI)", *Studies in the Education of Adults*, vol. 38, nº 1, págs. 74-90.
- Kalache, A. (2015): *Active Ageing: A Policy Framework in Response to the Longevity Revolution*, Gávea, International Longevity Centre Brazil.
- Lassen, A.J. y Moreira, T. (2014): "Unmaking old age: Political and cognitive formats of active ageing", *Journal of Aging Studies*, vol. 30, págs. 33-46.
- Leonard, R. y Johansson, S. (2008): "Policy and practices relating to the active engagement of older people in the community: A comparison of Sweden and Australia", *International Journal of Social Welfare*, vol. 17, nº 1, págs. 37-45.
- Levy, B.R. y Banaji, M.R. (2002): "Implicit ageism", en Nelson, T. (ed.), *Ageism: Stereotyping and Prejudice Against Older Persons*, Cambridge, MIT Press, págs. 49-75.
- Lie, M.; Baines, S. y Wheelock, J. (2009): "Citizenship, volunteering and active ageing", *Social Policy & Administration*, vol. 43, nº 7, págs. 702-718.
- Lui, C.W. et al. (2009): "What makes a community age-friendly: A review of international literature", *Australasian Journal on Ageing*, vol. 28, nº 3, págs. 116-121.

- Malani, P. et al. (2020): *National Poll on Healthy Aging: Everyday Ageism and Health*, University of Michigan.
- Molina, M.A.; Marsillas, S. y Del Barrio, E. (2021): *Edadismo, percepciones sobre el envejecimiento y la jubilación*, Vitoria-Gasteiz, Departamento de Igualdad, Justicia y Políticas Sociales, <https://bideoak2.euskadi.eus/2021/12/01/news_73771/edadismo_es.pdf>.
- Montero García, I.; García Mínguez, J. y Bedmar, M. (2009): "Ciudadanía activa y personas mayores. Contribuciones desde un modelo de educación expresiva", *Revista Iberoamericana de Educación*, vol. 55, nº 5.
- Moulaert, T. y Garon, S. (eds.) (2016): *Age-friendly Cities and Communities in International Comparison: Political Lessons, Scientific Avenues, and Democratic Issues*, serie of the International Perspectives on Aging, nº 14, Cham, Springer International.
- OMS et al. (2002): *Active Ageing: A Policy Framework*, Organización Mundial de la Salud.
- OMS (2007): *Global Age-Friendly Cities: A Guide*, Ginebra, Organización Mundial de la Salud.
- OMS (2021): *Global Report on Ageism*, Ginebra, Organización Mundial de la Salud.
- Palmore, E. (1999): *Ageism: Negative and Positive*, 2ª ed, Nueva York, Springer.
- Petretto, D.R. et al. (2016): "Envejecimiento activo y de éxito o saludable: una breve historia de modelos conceptuales", *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, vol. 51, nº 4, págs. 229-241.
- Pound, C. (2011): "Reciprocity, resources, and relationships: New discourses in health-care, personal, and social relationships", *International Journal of Speech-Language Pathology*, vol. 13, nº 3, págs. 197-206.
- Quinn, G. y Doron, I. (2021): *Against Ageism and Towards Active Social Citizenship for Older Persons: The Current Use and Future Potential of the European Social Charter*, Estrasburgo, Consejo de Europa.
- Ribera-Casado, J.M. y García Navarro, J.A. (2021): "La vejez no es una enfermedad", *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, vol. 56, nº 5, págs. 257-258.
- Scourfield, P. (2007): "Helping older people in residential care remain full citizens", *British Journal of Social Work*, vol. 37, nº 7, págs. 1.135-1.152.
- Subirats, J. (2011): "Ciudadanía y personas mayores", en Causapié, P. et al. (coords.), *Envejecimiento activo: libro blanco*, Madrid, Imserso.
- Subirats, J. (2018): "Una concepción del envejecimiento abierta e inclusiva. Edad y ciudadanía", *Aula Abierta*, vol. 47, nº 1, págs. 13-20.
- Terracciano, A. et al. (2021): "Changes in subjective age during COVID-19", *The Gerontologist*, vol. 61, nº 1, págs. 13-22.
- Van Hoof, J. et al. (2018): "The challenges of urban ageing: Making cities age-friendly in Europe", *International Journal of Environmental Research and Public Health*, vol. 15, nº 11, 2.473.



- Walker, A. (2010): "The emergence and application of active aging in Europe", en Naegele, G. (ed.), *Soziale Lebenslaufpolitik*, Wiesbaden, VS Verlag für Sozialwissenschaften, págs. 585-601.
- Walker, A. y Maltby, T. (2012): "Active ageing: A strategic policy solution to demographic ageing in the European Union", *International Journal of Social Welfare*, vol. 21, nº 1, 117-130.
- Zhou, F. *et al.* (2020): "Clinical course and risk factors for mortality of adult inpatients with COVID-19 in Wuhan, China: A retrospective cohort study", *The Lancet*, vol. 395, págs. 1.054-1.062.